

Parametración y racismo en la política cultural cubana

Víctor Manuel Domínguez.
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

Los ecos de la parametración todavía rondan como espectros las instituciones culturales. Quienes fueron víctimas de aquel engendro marginador, nacido del Primer Congreso de Educación y Cultura (1971), no están exentos del temor a nuevas represalias.

En los eventos previos y posteriores a la celebración de aquel congreso (La Habana, 23-30 de abril de 1971), los prejuicios contra las manifestaciones artísticas de origen africano desataron la más dramática exclusión de sus cultores, sobre todo si eran negros. Esta vez, la marginación de intelectuales afrodescendientes por buscar — desde las Ediciones El Puente y otros espacios culturales — nuevas vías, voces renovadoras y diversidad de temas, sería más abarcadora y se multiplicaría. No sólo serían acusados por su irreverencia estética, orientación sexual, raza, religión o supuesta conducta disoluta, sino también por querer integrar al concierto cultural de la nación la herencia africana que modelaba su obra y daba razón de ser a sus vidas. Ya desde la celebración de los seminarios preparatorios al precitado congreso se sintió una corriente de rechazo contra quienes discrepaban de la política cultural que privilegiaba lealtades ideológicas, un arte colectivo y temática socialista.

El dramaturgo Tomás González fue reprimido “por expresar su opinión acerca de la manera en que se relegaba el aporte y presencia de

elementos de la diáspora africana en el campo cultural; denunciar el poco porcentaje de negros en la imagen televisiva y en el Ballet Nacional de Cuba, o el revuelo contra obras como *María Antonia*, de Eugenio Hernández Espinosa.”¹

Igual suerte corrieron escritores y artistas negros como Walterio Carbonell, quienes exigían la participación de la intelectualidad afrocubana y la inclusión de la historia de África en los planes de estudio de todos los niveles de enseñanza. Se les acusó de querer fomentar un *Poder Negro* en la cultura

Fueron censuradas sus obras o marginaron del sector cultural, la cineasta Sara Gómez, el etnólogo Alberto Pedro Díaz, el historiador Pedro Deschamps Chapeau, el ensayista y antropólogo Rogelio Martínez Furé, el dramaturgo Gerardo Fullea León, el escultor Florencio Gelabert y otras personalidades afrodescendientes del arte y la literatura. Las palabras de Belarmino Castilla (entonces ministro de Educación) en la apertura del congreso perfilaban ya el camino de discriminación que vendría: “Los maestros y profesores anhelan una literatura y un arte que se correspondan con los motivos de la moral socialista y rechazan todas las expresiones de reblandecimiento y corrupción.”²

En consonancia con las amenazas y restricciones anunciadas por este vocero gubernamental, la declaración final del congreso “condenaba

toda forma de intelectualismo, el homosexualismo y otras aberraciones sociales”, además de excluir las manifestaciones relacionadas con las religiones y cultos de origen africano, como la Santería, el Palo Monte y el Abakuá.³

Lo peor estaba por venir. En la clausura, Fidel Castro arremetió contra los intelectuales occidentales y pronunció la nueva consigna cultural: “El arte es un arma de la revolución.”⁴

Un año después, en el verano de 1972, se inició el proceso conocido como “parametración”, esto es: los artistas y escritores señalados como conflictivos por diferentes causas, al no reunir los parámetros de conducta exigidos por la revolución, no podían trabajar como tales. Fueron citados a comparecer ante el Consejo Nacional de Cultura cientos de integrantes del movimiento teatral cubano (dramaturgos, directores, actores, coreógrafos), además de artistas de otras manifestaciones y escritores, quienes acabarían siendo expulsados de sus centros de trabajo o condenados al ostracismo.

Según Inés María Martiatu, “los más afectados fueron las gentes de teatro. Y fue un grupo de gente de teatro el que hizo resistencia a este orden de cosas”. Superada esta etapa, al menos en el tiempo (40 años), los cadáveres insepultos de la parametración y las heridas sin curar aún de los sobrevivientes animan a preguntarse: ¿es posible que una historia dramática como esa haya quedado en el pasado? ¿Acaso los cientos de artistas y escritores afrodescendientes que a lo largo de la revolución han sido víctimas de sucesos marginadores como la disolución de Las Ediciones El Puente y el denominado Quinquenio Gris que generó la parametración, deben pasar por alto esta etapa racista y empobrecedora de la cultura nacional? Algunas víctimas opinan que esa época debe ser olvidada; otras dicen que olvidan, pero no perdonan. Quienes no la vivieron, tienen miedo de conocerla.

La publicación en los últimos años de obras como *Las polémicas artísticas de los años 60*, de Graziella Pogolotti; *Los juegos de la escritura o*

la (re) escritura de la historia, de Alberto Abreu Arcia, y *Re-pasar El Puente*, antología de teatro con selección y prólogo de Inés María Martiatu, si bien reflejan la época y el tema en toda su crudeza, no alcanzan el nivel de lectores que ameritan. Debatir hoy la parametración no es un ejercicio estéril de resentimiento, sino acto de justicia histórica para con los cientos de artistas y escritores parametrados.

Hablar hoy sobre un pasado de la política cultural que legitimó el derrumbe o la exclusión de proyectos artístico-literarios liderados por afrodescendientes, es no tener que callar mañana. El racismo y la parametración institucional listos para actuar, disfrazados de tímidas aperturas, dudosos consentimientos y censura oculta en los debates sobre raza, cambian los métodos, pero no la esencia: en vez de rechazar a un afrodescendiente por no reunir los parámetros para la cultura, lo declaran NO IDÓNEO y así cumplen igual misión.

Nadie debe olvidar que, después de cuatro décadas del Primer Congreso de Educación y Cultura, se bajó un cuadro expuesto en una galería de arte en la provincia de Matanzas por expresar en texto sobre el lienzo: “Blancos sí; negros también”.

¿Hay o no racismo todavía? ¿Alguien duda de la vigencia de la parametración? Los métodos son otros, pero el objetivo es el mismo: discriminar a los afrodescendientes en el proyecto cultural de la nación.

Notas:

- 1- Martiatu, Inés María y Tomás González. «El autor como protagonista de su tiempo», en *Tablas* 3-4 (2008): 140.
- 2- Arcia Abreu, Alberto. *Los juegos de la escritura, o la (re) escritura de la historia*. La Habana: Casa de las Américas, 2007: 139.
- 3- Dolz Fornés-Bonavia, Leopoldo. *Cuba cronología: cinco siglos de historia, política y cultura*. Madrid: Verbum, 2003: 247.
- 4- *Ibidem*.